

África,

*el oscuro futuro del
continente negro*



UA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE MADRID

Ecología Humana
Junio 2009
Miguel Ángel Fernández Martínez

*"África tiene su propia personalidad.
A veces es una personalidad triste, a veces impenetrable, pero siempre irrepetible"*

Ryszard Kapuscinski

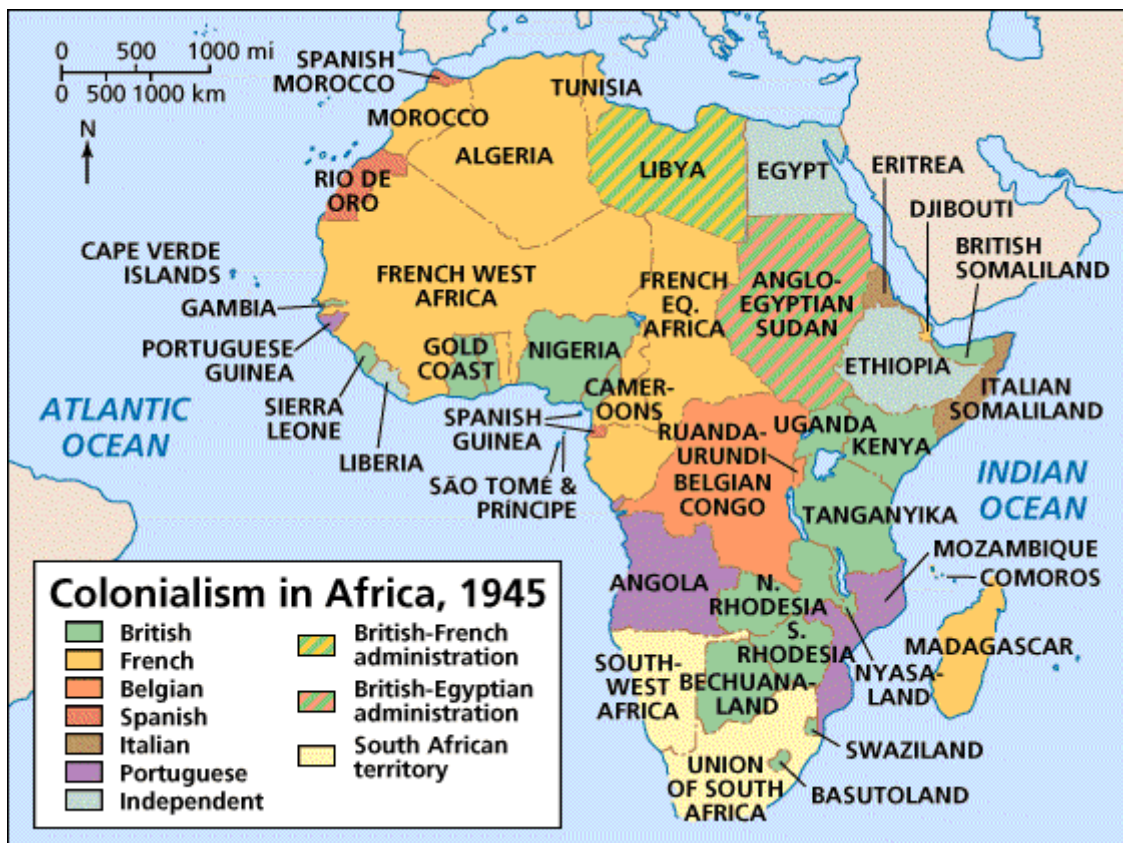
Cuando resuena en nuestros oídos el nombre de África, por lo general evoca imágenes de majestuosos paisajes, animales extraños en libertad y pobreza. Mucha pobreza. Las informaciones que recibimos en nuestros occidentales países del continente se suelen reducir a los documentales de naturaleza de la televisión y a breves comentarios sobre las guerras que se libran en él, con mareantes cifras de muertos y millones de dólares gastados en armas y en infructuosos programas de erradicación de enfermedades. Son escasas, más bien inexistentes, las referencias sobre las causas o los motivos que nos han llevado hasta la situación actual.

Lo que aquí se intenta hacer es reflexionar acerca de las causas que han llevado a África a la situación actual de pobreza, enfermedad y éxodo, así como intentar vislumbrar cuál es el futuro que cabe esperar. Por último se presenta los resultados de una encuesta realizada a un grupo más o menos heterogéneo de la población acerca de nuestro conocimiento como sociedad de la situación del continente y de la influencia actual de las grandes compañías que actúan en la región.

Perspectiva histórica

Factores naturales como sequías o plagas pueden aumentar el hambre y la pobreza de una región. Sin embargo las causas fundamentales del estado actual del continente africano son resultado de las estructuras económicas y políticas que han dominado el territorio durante décadas de desarrollo dependiente, desequilibrado y destructivo del ambiente. Echando la vista atrás, la raíz principal de los problemas del continente africano parece claramente nacer a finales del siglo XIX, entre los años 1884 y 1885. Fue en este bienio cuando los países más poderosos del mundo, concretamente Estados Unidos, el Imperio Otomano y doce países europeos, se “repartieron” África, de manera totalmente “legal”, gracias a la firma de la Conferencia de Berlín, ya que en ésta se consideraron a sí mismos con derechos territoriales exclusivos sobre el continente. A partir de ese momento, el racismo de los colonizadores fue ampliamente utilizado para justificar sus acciones de jingoísmo y genocidio. Además, científicamente se sentían respaldados por las teorías de la proclamada “mente más brillante del siglo”, Charles Darwin, sobre todo las vertidas en “El Origen de las Especies” y en “El Origen del Hombre”, de marcado tono sexista, racista y clasista, incluso para la época. El ejemplo más llamativo de este *modus operandi* fue, sin duda, la apropiación como territorio privado del Estado Libre del Congo por parte de Leopoldo II de Bélgica, aunque también existieron otros muchos, como son la conquista de la notable ciudad de Tombuctú en 1893 y la destrucción de su cultura varias veces centenaria, la conquista y destrucción del Reino de Dahomey en 1894 o

la conquista de Madagascar en 1895 por Francia; la conquista y destrucción del Reino de Benín en 1897 por Gran Bretaña; la apropiación por parte del empresario y mercenario británico Cecil Rhodes de lo que a su muerte se llamaría Rhodesia; la Conferencia de Algeciras de 1906, en la que las potencias europeas consideraron que Marruecos debía ser un "protectorado" de España y Francia; o la matanza por inanición y envenenamiento del agua de las poblaciones Herero y Namaqua en el Desierto del Namib, entre 1904 y 1907, por parte de los colonizadores alemanes, considerado el primer genocidio de siglo XX.



Como ya citábamos anteriormente, no solo se realizaron atrocidades contra las personas de manera directa, sino que cuando las potencias europeas aceleraron la colonización de África en el siglo XIX eliminaron las mecánicas tradicionales de agricultura y pastoreo, tales como la migración hacia zonas fértiles cada año (típico de pequeños grupos familiares de Níger) o el descanso de las tierras, dejándolas en barbecho. Los colonos se apoderaron de los mejores terrenos y sembraron variedades vegetales para la exportación a sus patrias, relegando el cultivo de alimentos para la población a un plano más que secundario. Esa agricultura de exportación provocó una destrucción masiva del ambiente, con desbrozos de zonas selváticas y de matorrales, haciendo imposible una regeneración posterior de la tierra. Los terrenos que desde el principio eran menos productivos o los que fueron perdiendo

capacidad fértil con el uso desmedido son los que los campesinos tenían disponibles para su subsistencia.

Con este panorama de pobreza y hambre los campesinos, arruinados, se vieron obligados a emigrar buscando trabajo en las nuevas ciudades superpobladas. Para el capitalismo que empezaba a imperar en la zona ésto supuso una gran ganancia (mano de obra barata) mientras que socialmente tuvo efectos desastrosos tales como epidemias o estallidos sociales terriblemente reprimidos por los colonos. Un mecanismo de control de la población fue la llamada política de “alimentos baratos”, que permitía, por un lado, pagar sueldos muy bajos a los trabajadores (justificado por el margen de ganancia que había de mantenerse) y por otro, mantener a raya las iniciativas privadas de los campesinos al presentarse poco incentivo de mercado.

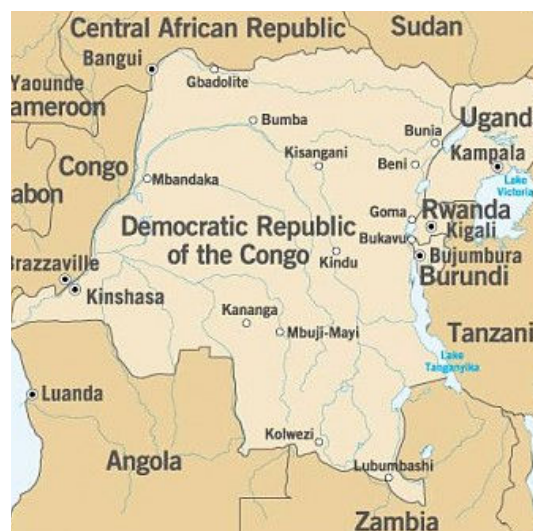
Un hecho que influyó muy negativamente en el desarrollo del continente fue la Guerra Fría, que, desde finales de los años 60 del siglo pasado hasta el derrumbe de la Unión Soviética, aumentó la rivalidad en África entre ésta y los Estados Unidos. Estas dos naciones vendían armas a varios estados africanos “ya independizados” de los colonos y a grupos insurgentes con dos propósitos: por un lado buscaban apuntalar sus gobiernos títeres contra el clamor popular cada vez más plausible y por otro librar “guerras de sustitutos”, en las que diferentes países y grupos armados pelearon como si de soviéticos y americanos se tratase. Algunos ejemplos fueron las guerras de los 70 y los 80 en países como Etiopía, Somalia, Mozambique o Angola, que destruyeron por igual vidas y zonas rurales de producción agrícola. Las relaciones entre los estados poderosos occidentales y los “sustitutos” siguen teniendo importantes implicaciones en la actualidad, como se referirá más adelante.

Tanto en la época álgida de la Guerra Fría como en las décadas siguientes fueron bastante numerosos los préstamos de dinero por parte de países occidentales (generalmente europeos) para programas de desarrollo, tales como la construcción de grandes presas, estadios y proyectos de urbanización, que aumentaron el desequilibrio entre el nivel de avance agrícola e industrial y permitieron extender en el tiempo un control extranjero de los estados africanos. Un ejemplo es el uso que los Estados Unidos llevan haciendo de la ayuda alimenticia como garrote desde los inicios de la Guerra Fría: en 1965 un memorando del Consejo Nacional de Seguridad norteamericano rezaba que “la ayuda estadounidense debe usarse como arma política, debiendo ir la mayor parte de ésta a nuestros amigos en África”. En resumen, los “sustitutos” americanos en África reciben ayuda; los que no lo sean, merecen pasar hambre, aunque no hay que olvidar que la ayuda humanitaria americana es de hecho una venta de excedentes alimenticios, eso sí, a precios bajos.

La gran riqueza africana. La guerra del coltán

Pese a las conocidas ansias expansionistas de las naciones colonialistas del siglo XIX parece un poco presuntuoso pensar que la intención de los mandatarios que organizaron las invasiones era simplemente la de extender el imperio al que representaban. Más bien, y tal como hemos visto en el apartado anterior, la gasolina principal que impulsaba el motor colonialista era el lucro que buscaban los occidentales. Como dijo un sabio “habitar una tierra llena de riquezas puede ser una condena para un pueblo”. Parece que la frase estuviese basada en el territorio africano. Las riquezas naturales de las que consta el continente son tan variadas como abundantes. Oro, cobre, diamantes, uranio, cobalto, marfil, estaño y maderas preciosas son algunas de las principales materias primas que las grandes compañías sustraen del territorio, desde Angola a Sudáfrica, a las que se suma la riqueza ecológica, uno de los tesoros que había sido muy poco explorado hasta el momento, pero al que las compañías farmacéuticas han echado el ojo.

Un caso aparte merece el coltán. El nombre de la roca procede de la abreviatura de columbita y tantalita, minerales que contiene este tipo de roca. De estos minerales se extrae el tantalio y el niobio, utilizados en distintas industrias de aparatos eléctricos, centrales atómicas, misiles, fibra óptica y otros, aunque la mayor parte de la producción se destina a la elaboración de condensadores y otras partes de los teléfonos móviles. Huelga decir la importancia económica que todos estos elementos tienen en el mundo actual, resistiendo sus valores bursátiles hasta las crisis más arduas como la iniciada en el año 2008. Es por ésto que su extracción, producción y utilización industrial se salta todas las reglas éticas y también gran parte de las administrativas. Generaciones enteras se pierden condenadas a trabajar a edades en las que los niños de los países más ricos que el suyo van a la escuela o juegan con videoconsolas que funcionan con los minerales que ellos arrancan del subsuelo.



El crecimiento de las aplicaciones del coltán trajo consigo una escalada de precios a finales de los años 90, lo que hizo que todas las compañías con intereses fijaran sus miradas en la República Democrática del Congo, país que posee el 80% de las reservas mundiales, mayoritariamente en las provincias limítrofes fronterizas con Ruanda y Uganda, “curiosamente” los más fieles aliados de Estados Unidos en la zona (unos de los “sustitutos” de los que hablábamos antes), países invasores del Congo durante el conflicto y dos de los mayores beneficiados tras el supuesto fin de la Guerra del Coltán. Este conflicto se inició en agosto de 1998 y acabó oficialmente en 2003, llevándose consigo casi cuatro millones de muertes, directa o indirectamente relacionadas, la mayor parte de ellas en las provincias que antes nombrábamos. Hubo momentos durante el conflicto en los que hasta seis facciones luchaban todos contra todos, destrozando las cosechas y atrayendo hacia sus enormes brazos a millones de personas que encontraban en la guerra su única manera de subsistencia. Al finalizar el conflicto numerosos informes de ONGs o de la propia ONU iban saliendo a la luz con acusaciones directas a Ruanda y Uganda, según los cuáles dichos países habrían ganado unos 191 y 6,2 millones de dólares respectivamente con el expolio del coltán del Congo. Junto con las cifras de las ganancias los informes presentaban una lista negra con 34 empresas privadas, 27 de las cuáles eran occidentales, relacionadas con la exportación del coltán “manchado” por la guerra. Quienes estaban detrás de la guerra y la explotación del coltán eran eficientes ministros, generales y políticos. Sin embargo, tras la publicación de todos los informes anteriores, numerosos países occidentales siguieron ayudando a Ruanda y Uganda, tanto militarmente como con cuantiosas ayudas al desarrollo, lo cuál llama la atención puesto que parece extraño que dichos países africanos necesitaran dinero para su propio desarrollo y sin embargo si poseyeran los suficientes recursos para invadir a un país vecino. Al menos parece plantarse la pregunta de quién está realmente detrás del conflicto.

Los intereses actuales de las grandes compañías en África. Las farmacéuticas

Aunque cabría esperar que con los procesos de independencia de los países africanos la dominación por parte de los occidentales hubiera acabado, nada más lejos de la realidad. Bien es cierto que ahora no hay gobernantes extranjeros que actúen como virreyes medievales, pero el control sigue existiendo, eso sí, de una manera más sutil. La globalización económica es un agente de control muy poderoso y mucho más sigiloso que las invasiones y las mecánicas coloniales a la antigua usanza. Con golpes de estado financiados tanto por empresas privadas con intereses en el territorio como por gobiernos occidentales que defienden a las transnacionales con sedes en sus países, occidente sigue ejerciendo de yugo sobre África, con la diferencia de que ahora las cabezas visibles tienen apellidos que acaban en vocales cerradas de difícil pronunciación y no en “shon” o en “ème”.

Con el conocimiento de este panorama, las empresas más poderosas del mundo no desaprovechan la oportunidad de pegarle un bocado al jugoso pastel africano. Un caso que ha llegado a los oídos occidentales casi como un ejemplo de altruismo desmedido es la recuperación por parte de la Fundación Bill y Melinda Gates de la Revolución Verde de la Fundación Rockefeller, apoyada incluso por la FAO. La estructura de funcionamiento es bastante simple: el señor de Microsoft pone el dinero y los responsables de Rockefeller controlan los movimientos y son los principales beneficiarios. El proceso de reedición de la Revolución Verde surge después del fracaso que cosechó en el continente en los años 50 del siglo XX, donde se intentó imponer como contrapunto a la revolución comunista roja que recorría las zonas rurales de gran parte de Asia, América Latina y África. Vemos pues que su origen no perseguía acabar con el hambre de las zonas más empobrecidas, sino combatir el comunismo allá donde surgiera; el apoyo del gobierno estadounidense se presupone. Generalmente se describe a la Revolución como un proyecto de desarrollo agrícola fundado en el mejoramiento de nuevas variedades vegetales que responden mejor a los fertilizantes, los agroquímicos y el riego. Según sus impulsores, se salvaron numerosas vidas al incrementar la productividad de los cultivos allá donde logró imponerse; sus críticos señalan el efecto devastador que tuvo para la población campesina y para el medio ambiente, ya que es dependiente del derroche de agua y del empleo abundante de productos sintéticos, provocando la erosión y degradación del suelo y la consiguiente destrucción de la productividad agrícola del continente. Nadie, sin embargo, niega que generó un inmenso mercado mundial para las grandes empresas semilleras, de plaguicidas y de fertilizantes,

mercados éstos que curiosamente están dominados por empresas del grupo Rockefeller y afines, como Monsanto. Todo esto se debe a que las supuestas mejoras que ofrecen estas compañías se imponen en los cultivos “a la fuerza”; eso sí, nada es gratis. Siguen la doctrina del “si no quieres sopa, toma dos platos”: te imponemos nuestros productos y encima te obligaremos a que nos pagues por ello. En palabras del propio Gates: “Melinda y yo también vemos motivos de esperanza –científicos africanos en mejoramiento vegetal desarrollando cultivos de más alto rendimiento, empresarios africanos creando empresas semilleras para que éstas lleguen a manos de los pequeños agricultores, y gestores agrarios que proveen mejores insumos y prácticas mejoradas de manejo agrícola y gestión”. Los agricultores son vistos como un nuevo mercado a alcanzar, no como el objetivo de la ayuda. Una coincidencia que al menos parece llamativa es el hecho de que uno de los países más beneficiados tanto por las Fundaciones de Gates y Rockefeller como por otras americanas y japonesas haya sido Ruanda, país que invadió el Congo y se enriqueció muchísimo a costa del coltán expoliado. ¿Tendrá algo que ver que estos dos países sean los máximos productores de aparatos tecnológicos que requieren de los minerales de la roca para su correcto funcionamiento?

Pese a que para las grandes fundaciones y empresas transnacionales sea un problema menor, tampoco tenemos que olvidar que la supuesta mejora de la producción agrícola traerá consigo un incremento de los ingresos y una subsiguiente polarización socioeconómica creciente, con el empobrecimiento aún mayor del medio rural y urbano. Mención aparte merecen las consecuencias que puede tener el Cambio Climático en todo esto. Si reducimos la diversidad de las especies cultivables a solo aquellas que son más productivas en las condiciones planetarias actuales, un mínimo cambio de éstas comprometerá muy mucho la viabilidad de los cultivos, al haber reducido artificialmente la variabilidad genética de las poblaciones que permitiera una adaptación al medio cambiante.

Existen numerosísimos ejemplos de prácticas cuanto menos cuestionables de grandes empresas sobre el territorio africano. Compañías petrolíferas que contaminan el aire de zonas superpobladas, empresas de seguridad privada que suministran servicios de carácter policial o militar sirviendo a los estados más poderosos a mantener bajo control zonas ricas en recursos o las más nuevas empresas chinas que traen su propia mano de obra aumentando aún más los problemas del continente son algunos de ellos. Detrás de muchas de estas empresas se encuentran nombres que luego aparecen delante de grandes proyectos de ayuda, quizá para limpiar las conciencias, quizá para limpiar el dinero obtenido. O quizá es que no sean proyectos tan desinteresados como cabría esperar. El que un presidente de una gran compañía aparezca en la lista de los principales benefactores de los países pobres da prestigio. Y uno de los casos que podríamos citar tiene como protagonista al propio Bill Gates. Su fundación apoya

campañas de vacunación contra la polio y el sarampión en zonas donde una planta petrolífera de la que tiene participaciones la fundación anteriormente citada, entre otros, arroja a la atmósfera humo y hollín. Claro que la vacunación no es precisamente un acto de buena fe desinteresada por parte de los laboratorios que las fabrican.

Son tremendos los rumores que surgen cuando se habla de las compañías farmacéuticas y el Tercer Mundo. Los problemas reales surgen cuando los rumores se convierten en datos fundamentados y documentados. Las actuaciones de dichas compañías rozan lo inexplicable, puesto que comercian con la posibilidad de salvar vidas, matando en pos de salvar solo aquellas que les resultan “rentables”. Una de las actuaciones de las mismas se centra en los ensayos clínicos. Resultaría lógico que si la mayoría de los laboratorios farmacéuticos se encuentran en los países ricos, los ensayos se realizaran también dentro de sus fronteras. Sin embargo, al igual que en otros sectores productivos, la deslocalización es una tendencia común. Lo que sucede es que parece que la deslocalización en cuestiones farmacéuticas se debe a las menores restricciones a los ensayos en los países del Tercer Mundo. Cuando se inicia el desarrollo de un medicamento, la empresa posee la patente en exclusiva durante veinte años, por lo que cuanto más rápida sea su comercialización más tiempo poseerá el laboratorio para su enriquecimiento. Pese a que los ensayos han de superar numerosos trámites incluso en éstos países, no siempre las trabas impuestas son tan efectivas como cabría esperar. Así, prácticas cuanto menos cuestionables son llevadas a cabo por los laboratorios. Y la razón de porqué siguen estando presentes la tenemos en una presión de la propia población que sirve para los experimentos, ya que los habitantes de los países más pobres acuden al hospital para recibir una atención sanitaria mínima de la que carecerían sino se prestaran a la experimentación. Así funciona el trato de las todopoderosas transnacionales del medicamento con los estados subdesarrollados o en vías de desarrollo. Uno de los ejemplos lo tenemos en los hechos que inspiraron el libro “El jardinero fiel”: en 1996 Nigeria estaba sufriendo una epidemia de meningitis que afectó a miles de personas. En ese ambiente Pfizer acometió un ensayo clínico en niños de un nuevo antibiótico que estaba en la última fase de desarrollo sin el consentimiento informado escrito de los voluntarios, manipulando datos y pasando por alto la autorización del comité ético nigeriano y del hospital donde se hicieron los ensayos. El ensayo se saldó con la muerte de once niños y graves malformaciones físicas y mentales en otros doscientos.

Otra perla de las grandes compañías farmacéuticas es la guerra que están librando contra los medicamentos genéricos, llegando incluso a entrar en contenciosos judiciales con gobiernos como el de Sudáfrica por sus leyes antisida. Salvar vidas parece no ser el objetivo empresarial que buscan, después de todo.

¿Cuánto conocemos acerca de las grandes compañías que actúan en África?

Después de plantear aquí las causas de la actual situación africana, así como las formas y los fines que persiguen las empresas transnacionales/fundaciones en el continente se plantea la idea de cuánta información llega hasta los habitantes de un país del “Primer Mundo” como es el nuestro. Para evaluar tal hecho se propuso a un grupo de la población responder a una sencilla encuesta. A continuación la presentamos, con datos acerca de cuales fueron las frecuencias de las respuestas.

- **¿Cómo calificarías la situación actual del continente africano?**

81% Pésima 19% Regular 0% Normal 0% Buena
0% Muy buena

- **¿Quién consideras que es el mayor responsable de esta situación?**

57% Gobiernos africanos 35% Gobiernos extranjeros 4% Multinacionales
2% Colonialismo 2% Nivel de riqueza natural

- **¿Consideras que a alguien le beneficia esta situación? Si es así, ¿a quién?**

Una mayor parte de los encuestados respondió que las Multinacionales y los gobiernos extranjeros son los mayores beneficiarios

- **¿Conoces alguna fundación internacional que tenga programas en África?**

Aunque el desconocimiento era general, algún encuestado citó a Bill Gates mientras que otros (no muy numerosos) refirieron nombres de ONGs.

- **¿Qué opinión te merecen este tipo de fundaciones?**

6% Pésima 39% Regular 15% Normal 25% Buena
15% Muy buena

- **¿En qué país del continente piensas que existe una mayor intervención extranjera?**

Aquí las respuestas fueron dispares, nombrándose casi todos los países del continente. Los más repetidos fueron el Congo, Sudán y Etiopía.

- **¿Cuánta verdad le otorgas a la idea de que el SIDA se originó en el continente por una mala actuación de un laboratorio farmacéutico?**

14% Ninguna 57% Ni mucha ni poca 10% Alguna
19% Totalmente cierto

- **¿Qué compañías farmacéuticas conoces?**

Las más citadas fueron Bayer y Roche, aunque un gran número de los encuestados se declaró ignorante en este sentido.

- **¿Qué opinión te merece la actuación de estas compañías, en especial en África?**

57% Pésima 43% Regular 0% Normal 0% Buena
0% Muy buena

- **¿Consideras correcta la política que siguen estas compañías?**

La respuesta mayoritaria (por no decir unánime) fue de un no rotundo.

- **Por último, ¿Cómo crees que es la información que dan los medios de comunicación sobre el continente africano?**

52% Escasa y poco verosímil 5% Escasa pero cierta 43% Podría ser mayor y mejor
0% Es abundante pero manipulada 0% Es abundante y buena

El grupo poblacional encuestado ascendió a 48 personas, 23 hombres y 25 mujeres, de edades comprendidas entre los 19 y los 72 años, siendo la franja de edad de entre 22 y 35 la más representada. Los porcentajes de los resultados han sido redondeados para hacer más fácilmente comprensible la información.

Conclusiones

Como hemos visto a lo largo de éste trabajo, el continente africano lleva siendo manipulado y explotado por parte de las naciones occidentales desde hace casi 200 años. Dependiendo del contexto internacional de la época, la sobreutilización de los terrenos era llevada a cabo de uno modo u otro. Empezado por las primeras colonias europeas y acabando por las actuales fundaciones de poderosos empresarios, África siempre ha sido maltratada mientras se le vendía la idea de que lo que en realidad estaba haciendo era avanzar, desarrollarse, “occidentalizarse”. Mientras que en el pasado los expoliadores tenían nombres y apellidos claramente reconocibles, en la actualidad, aunque los peles siguen siendo visibles, los verdaderos titiriteros están fresquitos a la sombra mientras un sol de justicia acaba con toda forma de vida africana. La sombra de la que hablamos la brindan supuestas buenas obras, tales como programas de aumento de la producción agrícola o de vacunación contra enfermedades. El lucro oculto no es nuevo. Ni lo será en un futuro, al menos en un futuro cercano. No hemos hablado de terribles sucesos como el Apartheid de Sudáfrica ni de la explosión y actual epidemia de VIH que sufre el continente. Éstas son otras historias que nos llevarían mucho más tiempo y más lágrimas que las que se han vertido aquí para dar esta visión general de los problemas que acucian el territorio. ¿Cuál sería la solución? ¿Quién debería ser el siguiente en dar un paso adelante? Bajo los datos obtenidos de la encuesta,

parece que los españoles estamos sensibilizados acerca del tema. Si el resto de países desarrollados no lo está, es nuestro deber informarles, así como es nuestro deber combatir las injusticias que ante nosotros tenemos, siempre de la manera que cada uno considere más correcta. África es la cuna de la humanidad; debemos impedir que sea también la tumba.



ARTÍCULOS CONSULTADOS

- “El racismo del colonialismo europeo en los siglos XIX y XX”
- “Colonialismo, neocolonialismo y la hambruna en África” de Raymond Lotta, publicado en revcom.us
- “África: peligra su riqueza ecológica” de Hedelberto López Blanch, publicado en Rebelión.
- “¿Otra receta mágica para África?” publicado por el Instituto Argentino para el desarrollo Económico.
- “El coltán y la guerra del Congo” de Juan Carlos Tomasi, de Médicos sin Fronteras.
- “Coltán, el regalo envenenado de Congo” de Oriol Güell.
- “El Boom de la minería: ¿Ventaja para África?” de Charles Abugre Thomas Akabzaa, publicado por la BBC.
- “Chinos en África: por una oportunidad” de Matías Zibell, publicado por la BBC.
- “Empresas de seguridad privada y colonialismo posmoderno en África” publicado por UJI.
- “La caridad de los ricos de EE.UU.” de J. M. Calvo, publicado por El Economista.
- “Nubarrones sobre las buenas obras de la Fundación Gates” de Charles Piller, Edmund Sanders y Robyn Dixon, publicado por el Instituto Argentino para el desarrollo Económico.
- “Los ensayos de la polémica” de Ahinoa Iriberry
- “¿Es sólo ficción ‘El Jardinero Fiel’? África pone a las farmacéuticas en el punto de mira” de Juan Marqués.
- “Farmacéuticas” de Stephen SACEUR
- “África, donde las multinacionales farmacéuticas experimentan y matan” publicado por El Economista.
- “Los crímenes de las grandes compañías farmacéuticas” publicado por solidaridad.net.

ANEXO I: *Las guerras de África, un juego de niños*

Jueves 15 de julio de 2004, por Ricardo Villa

En la última década, los corresponsales más veteranos en África han comprobado la disminución dramática en la edad de muchos soldados. En algunos casos, han podido ver a niños que no superaban los siete años de edad y que servían en ejércitos o para “señores de la guerra”. Se calcula que en el mundo hay hoy unos 300.000 niños soldado. Una buena parte de ellos luchan y mueren en las decenas de guerras abiertas y olvidadas de África, ésas que no aparecen, siquiera, en un pequeño breve de una página escondida de los diarios occidentales. También en guerras como la de la República Democrática del Congo, que ha sido calificada como la “primera guerra mundial africana”, pero que hace tiempo que perdió “morbo” informativo.

El uso de niños pequeños como soldados, a la escala que estamos conociendo hoy, es algo relativamente novedoso pero que crece en el siglo XXI. Algunas de sus historias sólo las hemos empezado a leer hace poco. Aparecen en los medios de comunicación gracias a la presión de organizaciones de derechos humanos como Amnistía Internacional. Cuentan casos de violencia extrema, de humillaciones, de maltratos, de castigos brutales. Casos de niños de menos de doce años en primera línea de combate. De niños sacados de sus escuelas y brutalizados deliberadamente para convertirlos en armas sin piedad. Niños que son obligados a torturar y asesinar a sus propias familias para que no puedan volver nunca a su hogar, como en Sierra Leona. Para que no tengan posibilidad de desertión. Casos como el que cuenta Salami, un niño congoleño al que reclutaron cuando tenía nueve años las fuerzas del RCD-ML: “Un día, los jefes nos obligaron a mis amigos y a mí a matar a una familia, cortar en pedazos los cadáveres y comérmolos”.

Drogados y mal alimentados

Muchas veces son convenientemente drogados, mal alimentados y puestos en primera línea de las escaramuzas. Los convierten en armas mortíferas para sus víctimas y para ellos mismos, en puros camicaces. Pueden comenzar como simples cocineros, espías o portadores para los ejércitos, pero acaban siendo instrumentos de guerra baratos y de sencillo reemplazo. Además, no cuestionan las órdenes y son más fácilmente manipulables. En el caso de las niñas, su “reclutamiento” tiene grandes posibilidades de convertirlas en esclavas sexuales. Prácticamente todas serán violadas o sometidas a abusos por los mandos o por el resto de

soldados. En Uganda, por ejemplo, es común que las niñas captadas por las fuerzas rebeldes sean asignadas a los soldados como “esposas”.

El material es copioso en países como Liberia, donde la economía está arruinada por décadas de guerras y abundan los “niños de la calle” sin un futuro más prometedor que el de tomar un arma de manos de un “señor de la guerra” y dedicarse a la lucha y al pillaje. Pueden alistarse voluntariamente para sobrevivir o para vengar a un familiar asesinado. También lo hacen siguiendo la propaganda en defensa de su etnia. Pero a la vez, abundan los niños que cuentan cómo fueron “reclutados” a punta de fusil en las aulas o cuando jugaban en los caminos cercanos a sus casas.

Comercio de armas y materias primas

El futuro de estos niños depende de la ruptura de un círculo vicioso: en África se hacen las guerras para controlar las riquezas que a su vez financian los conflictos. Riquezas que se invierten básicamente en armas. En lugares como la República Democrática del Congo, algunos de los aviones que transportan el coltán, imprescindible para la fabricación de teléfonos móviles, o diamantes rumbo a Ruanda y de allí a los mercados internacionales hacen el vuelo de ida cargados de armas. Si examináramos estas armas, veríamos que los reclutadores de niños pequeños para servir como carnaza en las guerras han encontrado un gran aliado en los últimos desarrollos de la industria armamentística internacional. Sus ingenieros han lanzado al mercado unos subfusiles de asalto baratos, tan ligeros y fáciles de manejar que hasta un niño de 10 años puede hacerlo con una mínima instrucción. Estas armas, que pueden costar sólo 40 euros por unidad, se pagan con los abundantes recursos naturales del subsuelo africano. Naciones Unidas ha denunciado cómo en Liberia los empresarios madereros facilitaban armas a los contendientes. Diamantes en Angola y Sierra Leona, petróleo en Sudán y Angola, madera en Liberia, coltán, oro y otros minerales en la República Democrática del Congo... el control de los recursos naturales juega un papel clave en las decenas de conflictos armados activos en el mundo. Estas guerras producen unos intercambios mercantiles superiores a los 12.000 millones de dólares al año.

Sin respuesta de la comunidad internacional

África participó poco en las decisiones de la Guerra Fría, pero su fin ha tenido consecuencias fundamentales para este continente. Muchos de sus Estados apenas cuentan con cuarenta años de historia, dan cabida a más de 200 etnias diferentes y se disuelven casi antes de formarse del todo. Sin lazos ideológicos con otros continentes, tras la caída del muro de Berlín, la llamada comunidad internacional tiene hoy menos capacidad de influir en algunos

de los conflictos. Los “señores de la guerra” han encontrado sus propias fuentes de financiación en el suelo que pisan y el mercado internacional de materias primas y armas ayuda a prolongar estos conflictos. Detrás de movimientos con siglas que siempre incluyen palabras grandilocuentes como liberación, democrático, nacional o de defensa de un grupo étnico sólo existen intereses económicos de dominio de territorios grandes o pequeños, ricos en minerales o maderas preciosas, o de control de un simple puente sobre el que cobrar peaje a la ayuda humanitaria. Estos grupos, como es el caso de todos los que han luchado en la última década en la República Democrática del Congo, llevan a cabo gravísimas violaciones de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario con total impunidad. Ya no les preocupa lo que la opinión pública internacional pueda pensar de ellos; sus fuentes de financiación no dependen de ella, sino de sus materias primas.

Sin un tratado internacional estricto que controle el comercio de las armas y de las materias primas, estos conflictos seguirán apareciendo en un lugar u otro de África, y los niños seguirán reemplazando a los soldados adultos muertos.

El problema de la desmovilización

En muchos lugares, cuando estos niños han quedado lisiados tras una batalla, son simplemente abandonados a su suerte. Otros consiguen escapar o participan de programas de desmovilización. La reintegración de los niños soldados, cuando se consigue un acuerdo de paz, es tremendamente difícil. En sus retinas se acumulan abusos físicos o psíquicos. Han visto a sus familias morir, a veces, de forma brutal. Han participado en carnicerías, violaciones y otras atrocidades. Para los que las han cometido en sus propias aldeas, las puertas de sus hogares están cerradas. También abundan los niños desmovilizados que no pueden regresar a su propia comunidad a causa de la inseguridad o porque sus familias han sido desplazadas y no pueden ser localizadas. Las niñas tienen problemas específicos. La mayoría salen del ejército con la “culpa” de haber sido violadas o explotadas sexualmente, en algunos casos embarazadas o con hijos, y tienen que enfrentarse a los tabúes africanos sobre la violación, de tal forma que la vuelta con sus familias puede convertirse en imposible. Si la comunidad internacional no garantiza su reinserción, estos niños soldados corren el riesgo de volver a caer en la única forma de supervivencia que conocen: la violencia.

Desde 1977, el reclutamiento y la utilización de niños soldados menores de 15 años en conflictos armados constituye un crimen de guerra y se incluye en el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional. Llevar a juicio a los responsables de este crimen es una de las aspiraciones de las organizaciones humanitarias. Pero tampoco nos podemos olvidar de que los propios niños soldado, además de víctimas de los crímenes, han cometido atrocidades

terribles. El derecho internacional prevé su juicio, pero siempre desde la perspectiva de su integración en la sociedad.

Ricardo Villa es periodista y miembro de Amnistía Internacional. Este artículo ha sido publicado en el nº 12 de la edición impresa de la revista Pueblos, verano de 2004, pp. 38 y 39.

ANEXO II: "Al hacer un ensayo, se mejora la sanidad del país"

El pediatra Quique Bassat ha participado en varios ensayos clínicos del Centro de Investigación de Salud Internacional de Barcelona (CRESIB), la entidad que dirige el investigador Pedro Alonso y que es responsable del éxito de la que podría convertirse en la primera vacuna eficaz contra la malaria. Bassat la ha probado en niños de Mozambique y defiende la investigación en países en vías de desarrollo como una oportunidad de mejorar la infraestructura sanitaria de estas zonas.

¿Por qué cree que se hacen más ensayos clínicos en países en vías de desarrollo?

Hay determinadas enfermedades, como la malaria, que sólo afectan a estas poblaciones y otras que, aunque también las hay en países ricos, tienen muchos más afectados en los países más pobres. Es más fácil acceder al tipo de paciente que te interesa para investigar.

Los críticos dicen que en estos países es más fácil reclutar pacientes...

Hay más, pero no significa que sea más fácil contar con su participación. Han de firmar un consentimiento informado por el que quede claro en que consiste su participación y el objetivo de todo el proceso que se va a llevar a cabo. Se siguen los mismos protocolos de seguridad que en Europa y EEUU; sólo de ese modo, se podrán comunicar los resultados en revistas científicas de prestigio que exigen el máximo rigor ético y científico. A partir de ahí, el producto puede presentarse para su registro en las agencias reguladoras.

¿Y cómo firman ese documento las personas analfabetas?

En el caso de analfabetismo, nos aseguramos de que una persona específicamente entrenada para ello explique a los participantes lo que está por escrito en el consentimiento informado. Lo hace en su lengua local y a la hora de firmar se utiliza la huella digital. Todo el proceso está supervisado por alguien externo al proyecto, normalmente de la comunidad.

Los habitantes de estos países podrían querer participar en los ensayos sólo por recibir la asistencia sanitaria básica de la que carecen en sus países. Entiendo este argumento pero es un poco demagógico. Es cierto que en estos países el acceso a la sanidad es bajo. Sin embargo, nosotros, al organizar ensayos clínicos, aprovechamos para mejorar la infraestructura. Sucedió con el ensayo en fase II de la vacuna de la malaria, para el que reconstruimos y mejoramos un

centro de salud que estaba en condiciones precarias y que hoy está dotado de agua, electricidad y una nueva maternidad.

¿Qué piensa de las críticas en este sentido a la industria?

La acusación de mala praxis siempre recae sobre la industria farmacéutica. Yo creo que ésta aporta la expertise [conocimientos y medios] y tiene también un papel en toda investigación. Creo que la mejor forma de trabajar es a través de alianzas entre las autoridades sanitarias del país, fundaciones que hagan aportaciones económicas, investigadores e industria; todos los actores son importantes para la investigación. Así se negocian compromisos, realistas y suficientemente sólidos como para contribuir a la mejora de la salud de los habitantes del país donde estás desempeñando tu labor.